

V. Blasco Ibáñez
El personalismo
(*El Pueblo*, 18-2-1906)

Algo hay que no admite hipoteca, y este algo es el sentimiento de la propia dignidad. Es un principio inmoral suponer en las masas o en la masa, una distinta dignidad a la del individuo. La impresionabilidad de las multitudes es exacta a la del hombre; pasan aquellas y este con la misma rapidez del miedo al valor, del llanto a la alegría, de la compasión al odio. Mil hombres reflexionan, se encolerizan u obran con la misma sensatez de uno solo. Su psicología es idéntica. Para ser orador popular, tribuno de las masas, déspota de ellas, ya que tan fácilmente se las sugestiona, no es necesario poseer una elevada mentalidad. Basta con interpretar fielmente el sentimiento de todos. La mayor elocuencia está en la mayor compenetración.

Los que llamamos hombres superiores por nuestra ineducación, ya que en todo nos hemos obligado a constituir aristocracias, por tendencia irresistible a la servidumbre, es decir, los que precisamente sirven a las masas, pero por exquisitez, delicadeza de espíritu, por extravagancia o neurosis, no pueden sufrir el contacto, sin repulsión, del pueblo o de la democracia a la que sirven, tienen el deber de aconsejarla o dirigirla de modo que alcance el mayor grado de independencia y de nobleza para que los actos de la colectividad respondan a las necesidades de una moral superior, modificadora de vicios, resabios y costumbres seculares, que exigen la reparación del tiempo, de la moderna cultura, de la vida novísima.

Y que esto es una verdad honda, grande, inmensa, lo proclama la historia de los pueblos, el desarrollo interno de su psicología y de su fisonomía, sus adversidades y su esplendor que, aun siendo obra de los siglos, son esplendores y adversidades momentáneas, como si la civilización necesitara para sostenerse y guiar al mundo exprimir sucesivamente la savia virgen de todos los pueblos, movimiento giratorio, errático, quizás, del progreso que en cada época exige un trono sobre una distinta raza.

Las masas, pues, deben sacudir el atavismo del poder personal. Es cierto que guiadas por hombres o por minorías, han llegado a un semiperfecto estado de consciencia, precursor de una nueva etapa en que reivindicarán para sí el derecho absoluto a gobernarse, destruyendo códigos, leyes o hábitos petrificados, pero la imprescindible y fatal necesidad de esta destrucción y de esta evolución es el principal motivo de nuestras reflexiones.

Idolatrar un hombre, crear artificialmente un poder para obedecerle ciegamente, es hacerse esclavos responsables de los errores, de los desvaríos y de

las flaquezas de nuestra deleznable armazón fisiológica. Es abdicarnos en un hombre en vez de manumitirnos.

Poco importa que haya en la masa quien lleve su afecto al hombre más allá del respeto o de la veneración; pero este sentimiento no debe ser jamás colectivo, porque entonces caeremos en el feo vicio de esos padres en quienes el amor pone una venda ante los defectos de sus hijos.

Si hubo señores, es porque hubo siervos, estos los hicieron a aquellos. Débiles o ignorantes, fanatizados o náufragos en el torbellino de pasiones o preocupaciones indefinidas, surgió ese sentimiento de idolatría quizás por una necesidad espiritual de defensa, por ansia de solidaridad.

Muchos hombres juntos tienen, como hemos dicho ya, el mismo miedo que un hombre solo; pero esto ignorábanlo los primeros hombres, que se agruparon alrededor de uno, admirando su superioridad física o intelectual. Este fue el primer chispazo de autoritarismo que iluminó las tinieblas de la humana creación. Algo así como la presciencia de la loca idea de Dios, entrevista primero en los agentes naturales, encarnada después en el hombre y elevada, por fin, a la categoría de excepción, de dominio, como si la vida de la carne y de la sangre y la vida de las ideas fuesen el derivado de un solo principio, al que deben sujetarse para perdurar.

¡Hombres que entregaron su alma a otros hombres! Esta estúpida renuncia de la propia personalidad, engendró la tiranía hereditaria, fuente de oligarcas, caciques, reyes y césares, magos y gorgonas, dioses y sacerdotes.

Perdióse para muchísimos siglos la libertad y la igualdad, a cuya reconquista vamos, quizás, sin que las doctrinas acráticas de afirmación, trasunto de la primitiva vida material, puedan definir lo que fue aquella, ni lo que será, pues el origen como el fin, para dicha de la humanidad, se ocultarán en el más sugestivo y poético de los misterios, como incentivo de nuestra insaciable fantasía.

Luego si, por desgracia, dimos forma universal a la tiranía en todos los órdenes, es lógico que, advertido el error, universalicemos la idea destructora de la dominación personal.

Si amamos los principios, en tanto responden a nuestros anhelos, y ansiamos la libertad de acudir con nuestro amor a la defensa de otros que estimamos más perfectos, ¿cómo comprender ni justificar ese exclusivismo brutal, feroz, recalcitrante, esa dependencia de otro ser a quien proclamamos genio, héroe y cuyas imperfecciones o inmoralidades disculpamos o aplaudimos infiriendo una herida a la colectividad y ocasionando un perjuicio, un retraso, a la marcha de las ideas?

Nuestro criminal deseo de deificar nos ocasiona grandes decepciones. Por voluntaria ceguera nos acostumbramos a juzgar los actos de los que endiosamos

desde un punto excepcional. Hacemos de ellos seres extraordinarios, sobrehumanos, hasta el extremo de que en una discusión de principios no rebasaríamos los límites de una respetuosa prudencia o quizás de una acalorada actitud, pero por si el hombre en quien hemos puesto nuestra fe, a quien hemos entregado nuestro cerebro, ha obrado de tal o cual modo, perderíamos la vida o la libertad.

Este ardor en la defensa de las personas y que viene a prolongar el santonismo, siquiera sea en forma laica, es el necesario para la salvación de los principios y sobre todo para la educación política de las masas que en fuerza de luchar y de aprender, les bastará la simple lectura y examen de todos los actos de los hombres para formar un juicio definitivo, libre de toda extraña sumisión o dependencia.

Esto dice quien ama las masas, porque de ellas es hijo; quien las ha estudiado tan de cerca, que se ha bastado con el estudio de sus propios sentimientos; esto dice quien abundando en las doctrinas de Costa, no confía en la revolución, triunfadora y definitiva, mientras la polilla de las pasiones atávicas no desaparezca del cerebro impresionable de los españoles.

